

Sigamos, amados hermanos míos, el ejemplo que nos dá el Salvador, oremos por nuestra patria. En varias circunstancias fué ésta salvada por la oración... Un día una coalición formidable de todos esos pueblos del Norte más ó ménos bárbaros se había formado contra élla; debían aniquilarla y partírsela. Pero á su cabeza estaba un príncipe cristiano, llamado Pelipe Augusto, abuelo de San Luis. Él hizo orar. La Francia entera se prosternó á los piés de los altares en este inmenso peligro, y despues de una victoria memorable ganada en Bouvines, supo rechazar muy léjos de sí los batallones del extranjero...

Otra vez, Dios había permitido que nuestra patria cayese en la humillación más profunda. El Inglés la había invadido casi enteramente; pero los Franceses de aquel tiempo tenían la fé... Reconociendo en esta humillación el castigo de sus pecados, suplicaban á Dios les perdonase y salvase la patria. Se necesitaba un milagro; pues bien, hermanos míos, Dios otorgó este milagro. Una simple jóven, llamada Juana de Arco, fué el instrumento, de que se sirvió; y por el poder de la oración la Francia se hizo de nuevo libre é independante.

Cuántos otros rasgos aun podría citaros; pero me detengo por miedo de ser demasiado largo. Creo que comprendéis ya, que es para nosotros un deber, el orar por nuestra patria, el suplicar al Señor que conserve en élla la fé católica, que la fortalezca contra el extranjero, y la preserve de esas pasiones desenfrenadas é impías, que tienden á disolverla en el interior.

PERORACIÓN. Amados hermanos míos, en nuestras días la lucha entre el bien y el mal parece más ardiente que nunca; los malos levantan la cabeza; los buenos, los hombres de paz, de orden y trabajo, andan á veces inciertos y vacilantes, flojos y desanimados. Qué sucederá? ¿Qué saldrá de esta lucha? De la misma manera que hay pecadores tan endurecidos, que Dios les abandona; así hay naciones tan culpables, que Dios las deja sin auxilio... Esto se ha verificado ya, y Dios mismo encargaba á uno de sus profetas el anunciarlo á las naciones, que quería destruir: « Te perdonaré, decía á la ciudad de Damasco, hasta tres veces,

pero á la cuarta, ya no la perdono¹. » ¡ Oh Dios mio, ¿ Es posible que hayamos llegado á este grado de ingratitude, de impiedad y olvido de vuestras santas leyes, que no ha de haber más perdón para nosotros, y que nuestra pobre Francia deba ser entregada á las pasiones impías y disolventes de tantos miserables, que la codician como una presa, aguardando que élla venga á ser la esclava del extranjero?... Pero no, Dios mio, no queréis perdernos. Todas estas desdichas que caen sobre nosotros no tienen mas objeto que despertar nuestra fé. Pobre Francia, tú te has alejado de Dios, y Dios humillándote te ha dicho: *Necesitas de mi*... Por eso todas las almas cristianas han experimentado esta necesidad, y de todos los puntos de la patria, todos los que tienen un corazon verdaderamente francés, mujeres, niños, ancianos, guerreros probados, sí, todos, con una voz unánime exclaman: « O Dios omnipotente, en nombre de vuestro Corazon, en nombre de vuestro amor, salvad, salvad, la Francia! » Amados hermanos míos, sí, Dios es bueno, sí, Dios salvará la Francia... Así sea.

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DÉCIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. LUCAS, XVIII, 9 13.)

Honor que Dios nos hace, al permitirnos rogarle; eficacia de la oración hecha con humildad.

TEXTO. *Omnis qui se exaltat humiliabitur, et qui se humiliat exaltabitur*: Cualquiera que se ensalza, será humillado, y el que se humilla, será ensalzado.

EXORDIO. « En aquel tiempo, dice el Evangelio del día de hoy,

1. Amos, I, 13.

para confundir á algunos que confiaban de sí como justos y santos, y menospreciaban á los otros, relató Jesús la siguiente parábola: Dos hombres subieron al templo á orar; el uno Fariseo, y el otro publicano. El Fariseo en pie, cerca del santuario oraba consigo de esta manera: Dios mío, gracias te doy porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, como también este publicano. Ayuno dos veces en la semana, doy los diezmos de todo lo que poseo.

Mas el publicano estando léjos, no osaba ni aun alzar los ojos al cielo, sino que hería su pecho, diciendo: Dios, sé propicio á mí, pecador. Os digo que este descendió á su casa justificado; mas no el otro; porque cualquiera que se ensalza, será humillado; y él que se humilla será ensalzado. »

Nuestro Señor acababa de relatar poco ántes á sus oyentes otra historia, para mostrarnos la eficacia de la oración: « Orad, decía, y no desfallezcáis jamás... Había un juez en una ciudad, el cual ni temía á Dios, ni respetaba á nadie. Había también en aquella ciudad una viuda, la cual vino á encontrarle diciéndole: Os suplico, me hagáis justicia, defendedme contra aquellos que me oprimen. Este juez rehusó largo tiempo escucharla. Durante varios meses no fué élla admitida; pero como insistía, el juez dijo dentro de sí: sin duda no temo á Dios, ni tengo respeto á los hombres, pero como esta viuda me es molesta, le haré justicia, porque al fin no venga y me afrente. Ved, añadía nuestro bondadoso Jesús, la eficacia de la oración; ved lo que élla obtuvo de un juez injusto, y decidme si Dios que es justo, no oirá favorablemente las oraciones de sus servidores, si le oran con instancia. ?

PROPOSICIÓN. Amados hermanos míos, muchas veces hemos ya hecho alusión á esta parábola del Fariseo y del publicano; muchas veces hemos ya dicho que Dios rechazaba á los orgullosos y daba, por el contrario, miradas afectuosísimas y amorosísimas sobre aquellos que son humildes; no volveré á tocar este asunto, y esta mañana os diré solamente algunas palabras muy breves sobre la oración.

DIVISION. Os mostraré: *primero*: el honor que Dios nos hace al permitirnos, que le roguemos; *segundo*: la eficacia de la oración hecha con humildad.

Primera parte. El honor que Dios nos hace permitiéndonos, qué digo?... invitándonos á orarle!... Pensamiento extraño, singular, sobre el cual no reflexionamos bastantemente, y sin embargo es verdadero! Podré expresarme con bastante claridad para hacérslo comprender?... Lo espero; probémoslo.

Imaginaos, amados hermanos míos, á un rey, á un emperador, ó, puesto que estos títulos no existen ya, á un grande, á un poderoso de este mundo, un simple gobernador de provincia, el cual, sin necesitar para nada de nosotros, viniese á decirnos: « Amigo mío, estoy á vuestra disposición, y sea cual fuere el favor que pidieréis de mí, si se funda en la justicia, os lo haré. Decid la gracia que deseáis, y por poco que tengáis derecho á élla, os será dada. Os permito aun pedir no solamente para vos, sino también para todos aquellos que os son caros. » ¡ Ah, comprendéis, hermanos míos, cuán felices seríamos, si un hombre de influencia, cualquiera que fuese su título, viniese á hacernos semejantes proposiciones!... ¿ No sería esto un honor para nosotros? ¿ No diríamos: « Tengo á alguien, que me protege, y si me hiciese uno alguna injusticia, si necesitase de un apoyo, puedo contar con la protección de un hombre poderoso y generoso?... » Amados hermanos míos, sí, una tal promesa, una tal permisión sería un honor para nosotros, quizás aun concebiríamos orgullo de ello!¹...

¡ Ah, decidme pues, os suplico, ¿ qué es la oración?... ¿ No es un honor que nos hace Dios?... ¿ No es la permisión que nos dá de pedirle todo cuanto necesitamos, con la promesa de escucharnos, de acogernos favorablemente? *Pedid y recibiréis, llamad á la puerta y se os abrirá.* Y aquí no es un hombre, á quien en fin somos iguales, cualquiera que sea su elevación, es Dios mismo. Y aquí no se trata de estos favores que pasan ó que pueden ser da-

1. Ps. cxxlv, 16.

dos á otros concurrentes, que nos habrán precedido, no, se trata de bienes eternos, y estamos seguros de que el protector á quien imploraremos nos los logrará. En el cielo, en el paraíso, hay sitio para todos, y esto es sobre todo lo que debemos pedir: *Quærite primum regnum Dei*, pedid primero el reino de Dios, y lo demás se os dará por añadidura. *Et omnia adjicientur vobis* ¡ Ah ! ¿ comprendéis, amados oyentes, qué honor nos hace Dios permitiéndonos orarle y prometiendo oírnos favorablemente ?

Pero examinemos este pensamiento con más atención, deseo hacéroslo comprender bien, de una manera clara, evidente, como este hermoso sol que nos ilumina... Más de una vez se os ha dicho que, bajo cierto punto de vista, eran los animales superiores al hombre. Dios es tan bueno hacia sus criaturas, que las ha colmado todas en efecto de sus bendiciones. A ciertos animales ha dado alas para recorrer el espacio con mas celeridad, á otros ha dado garras para protegerlos contra sus enemigos; estos tienen cuernos para defenderse, aquellos tienen una espesa piel destinada á ponerlos al abrigo del frío. Todos, en una palabra, han recibido de Dios los dones necesarios para conservar su existencia. Solo el hombre parece desheredado en medio de todos estos seres, que parecen en cierto modo privilegiados. ¿ No creería uno, que él debiera envidiar al pájaro sus alas, al caballo su fuerza y agilidad; á la oveja, su espeso vellón ? Y sin embargo, hermanos míos, no es así... Sí, o Dios de bondad, vos habéis colmado de beneficios todo sér salido de vuestras manos; pero el hombre, vuestra criatura predilecta ¡ ah, cuán mas noblemente le habéis tratado !... Amados hermanos míos, aquí no hablo solamente de la razón, de la inteligencia, privilegios que nos elevan incomparablemente por encima de todos los animales; no, quiero hablar solamente del honor, que Dios nos ha hecho, enseñándonos, concediéndonos y recomendándonos la oración !...

La oración es el privilegio del hijo, es, como lo dice san Agustín, la llave de los tesoros del cielo. Imaginaos á un rico padre de familia; varios obreros han trabajado por él; al anochecer paga á cada uno su salario.

Mejor dicho : tiene muchos criados, y al cabo del año da á cada uno de ellos un sueldo mas ó menos considerable. Pero, decidme, sería el hijo razonable, envidiando este sueldo de los criados, si su padre le dijera : « En cuanto á tí, hijo mío, toma lo que te convenga, hé aquí las llaves de mi tesoro, puedes disponer de ellas ! » Qué honor para este hijo, y como esta entrega de las llaves entre sus manos le ensalza incomparablemente por encima de todos los mercenarios !... Pues bien, hermanos míos, tal es la dignidad del cristiano, tal es el honor que le hace Dios, permitiéndole recurrir á la oración, y promitiéndole oírle siempre favorablemente, cuando sepa recurrir á Él con las disposiciones requeridas...

Segunda parte. Os he hecho comprender bien, hermanos míos, como es un honor para nosotros el que Dios nos permita orarle ? Yo espero que sí. Consideremos ahora cómo la oración produce sus efectos y nos es saludable. Ved al Fariseo, de quien habla el Evangelio; se fué al templo para orar, y sin embargo, dice Nuestro Señor Jesucristo, que no fué oído. ¿ Y porqué ? ¡ Ah, lo sabéis, porque su oración carecía de humildad. Miserable, ¿ qué venías á hacer en el templo ?... Tú venías á alabarte á tí mismo por tus virtudes, á decir que tú no eras semejante á los otros, tu venías á menospreciar á este pobre publicano, que había subido al templo al mismo tiempo, que tu... Abominación y maldición sobre el orgullo !... Este fué el pecado de Satanás, y es por desgracia un pecado, que conduce al infierno un gran número de almas... Miserables orgullosos, de que os sirve la oración ? para qué os es útil ?... Llave divina, élla puede abrirnos los tesoros del cielo, pero si me es permitido expresarme así, dejadme decir que la cerradura, que élla abre, es una cerradura con secreto, y que este secreto es la humildad... Dichoso publicano, tú conociste este secreto, cuando sin preocuparte de los desprecios del Fariseo, golpeando humildemente tu pecho, clamaste : Dios mío, sed propicio á mí, pobre pecador...

Sí, hermanos míos, la oración es eficaz, pero con la condición : de que vaya acompañada de la humildad. Sin esto, nos dice Nuestro Señor, no puede producir resultado alguno. El humilde

publicano fué justificado, y el Fariseo orgulloso descendió del templo mas culpable, á pesar de su oración.

¡Ah, Dios mio, esto es manifiesto. Si la oración es un honor para nosotros, élla es además, hermanos míos, una necesidad; diré mas, élla es un remedio. Sabéis todos lo que es un remedio. Supongamos á un médico que os prescribe, con objeto de curar una enfermedad grave, un remedio infalible; pero es menester, para que este remedio haga su efecto, que sea administrado en ciertas condiciones, acompañado de sustancias dulces; de miel, de azúcar, de goma, supongo. Sí, por el contrario, no sabéis emplearlo, si lo administráis con sustancias opuestas á su efecto, ¿qué sucederá, amados hermanos míos? ¡Ah, lo sabéis, en lugar de contribuir á vuestra curación, no solamente os será inútil, sino quizás peligroso¹. Así es con la oración; si no va élla acompañada de la humildad, de un sentimiento profundo de nuestras necesidades, queda estéril; y si el orgullo y desprecio para con el prójimo la acompañan, se hace culpable: léjos de justificarnos nos hace quizás más criminales delante de Dios.

No es que nos sea prohibido, hermanos míos, dar gracias á Dios por los beneficios, de que nos ha colmado, y si el Fariseo, de quien se trata en nuestro Evangelio, se hubiese contentado de dar gracias á Dios, porque era exento de ciertos vicios, porque poseía ciertas cualidades, que Dios le había dado; si, en una palabra, hubiese dado gracias á Dios por sus beneficios, sin atribuirse nada á sí mismo, y sobre todo sin ningun sentimiento de desprecio hacia el prójimo, hubiera sido su oración buena y eficaz; porque la humildad no consiste en negar las gracias, que nos ha hecho Dios, sino en saber atribuirle el honor y la gloria. Ved á la santísima Virgen. O dulce y bondadosa Virgen María, no es con objeto de compararos al Fariseo, que invoco aquí vuestro testimonio... ¡Oh, no, de la misma manera que fuisteis la más colmada de los beneficios del Criador, así fuisteis la más humilde y agradecida de todas las criaturas...

1. San Juan Crisóstomo, *in illud*, Ps. VII, *Domine, Deus meus*:

Sin embargo, hermanos míos, su oración comienza como la del Fariseo; el Fariseo decía: Dios mio, gracias os doy, porque no soy como los otros hombres; María, o dulce María, decis casi como él: Mi alma glorifica al Señor. *Magnificat anima mea Dominum*. Pero tambien qué diferencia en la continuacion de la oración!... Cuán diversos son los sentimientos, que animan el corazon de la Virgen María!... Élla reconoce, en efecto, que el que es poderoso ha obrado en élla grandes cosas. Élla dá la razon de ello, razon basada sobre una profunda humildad; *es, dice élla porque Él ha mirado la humildad, la nada de su esclava*. ¡Oh Fariseo, si tu hubieses hablado así, sí, lo juro sobre la palabra del Salvador, como el pobre publicano, tu habrías salido del templo justificado, porque tu oración habría sido acompañada de la humildad, condicion esencial para que toda oración sea favorablemente oída...

PERORACIÓN. Amados hermanos míos, una historia será la conclusion de esta instruccion; ojalá podamos todos sacar nuestro provecho de élla... Antiguamente un cierto Teodoro, que había largo tiempo observado los deberes, que nuestra santa religion nos impone, tuvo la desdicha de cometer una falta grave; luego el demonio trabajó por precipitarle en la desesperacion y abatimiento. San Crisóstomo, que le conocía y tenía un interés particular por él, procuró sacarle del abismo, en que quería Satanás precipitarle; le dirigió estas consideraciones por las cuales yo termino. Despues de halerle dicho algunas palabras sobre la confesion y su eficacia para obtener el perdon de nuestras faltas, citaba el ejemplo del publicano, de quien habla nuestro Evangelio. «Está escrito, decía, que *la malicia del demonio no puede vencer la santidad de Dios*¹. Si la malicia de Satanás puede, en un instante, hacer perder á un alma la justicia y la santidad adquiridas en el espacio de muchos años, un humilde recurso á la gracia y misericordia de Dios puede más prontamente aun sacar una alma del estado del pecado, reconciliarla con Dios y purificarla de todas sus culpas pasadas, tal es la eficacia de la oración acom-

1. *Sapientiam non vincit malicia* (Sapientia, VII, 30).

pañada de un deseo sincero de recibir el Sacramento de Penitencia... El buen ladrón no tuvo que decir sino una palabra en la cruz y fué perdonado. El publicano arrepentido y golpeando su pecho no decía á Dios sino estas simples palabras : *O Dios, sed propicio á mi*. Y al dejar el templo, podía con confianza esperar, que Dios le había perdonado. Tened ánimo pues, prosigue el santo doctor; Dios es bueno, os perdonará si le oráis con humildad, porque su misericordia excede sin comparación la malicia del demonio ¹.

Amados, hermanos míos, lo mismo os digo á vosotros; sí, tengamos buena confianza, somos los hijos predilectos del Salvador Jesús. Al permitirnos y recomendarnos el recurrir á la oración, nos ha considerado como sus hijos queridos, nos ha confiado las llaves de sus tesoros. No faltemos pues á recurrir á la oración, pero recurramos á ella con humildad, y el Señor nos otorgará esta justificación, que fué otorgada al pobre publicano, de quien se trata en el Evangelio de este día... O divino Salvador Jesús, lleno de misericordia, preservad nuestras almas del orgullo; hacednos la gracia de oraros con un humilde confianza, y dignaos mostrarnos propicio á nosotros todos, pobres pecadores... Así, sea.

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL UNDÉCIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. MARCOS, VII, 31-37.)

Legitimidad y utilidad de las ceremonias que la Iglesia emplea en el culto, que ella rinde á Dios, y en la administración de los sacramentos.

TEXTO. *Et suspiciens in cælum ingemuit, et ait illi Ephphetha,*

1. Primera exhortación á Teodoro. — Cf. Dom Cellier, t. VII, p. 14 y De Lanuza, *Homiliae quadrag.*

quod est adaperire. Y levantando los ojos al cielo, gimió Jesús diciendole : Ephphetha que quiere decir : Sé abierto.

EXORDIO. Hermanos míos, acababa Nuestro Señor de sanar á la hija de la Cananea. Todos los testigos de este prodigio estaban en la admiración. Por eso una grande muchedumbre acudió á su encuentro, llevando á Él, para que los sanase, mudos, ciegos, cojos y enfermos de toda clase ¹. Entre estos enfermos estaba el de quien habla el Evangelio del día de hoy : « Jesús volviendo á salir de los confines de Tiro, fué por Sidon á la Mar de Galilea. Y le traen un sordo mudo, y le ruegan que le ponga la mano encima. Y tomándole á parte de entre la gente, metió Jesús sus dedos en las orejas de él, y escupiéndolo tocó su lengua : Y mirando al cielo, gimió y le dijo : Ephphetha : que es decir : Sé abierto. Y luego fueron abiertos sus oídos, y fué desatada la ligadura de su lengua, y hablaba bien. Y les mandó que no lo dijese á nadie; pero cuanto más se lo mandaba, tanto más lo divulgaban. Y en gran manera se maravillaban, diciendo : Bien lo ha hecho todo : á los sordos ha hecho oír, y á los mudos hablar. »

Vemos, hermanos míos, en este sordo mudo la imágen del pecador, y las condiciones que deben acompañar su conversión, para que sea buena y sincera. Es menester que salga de la muchedumbre, es decir, que vuelva á entrar en sí mismo, considere su estado, examine su conciencia. Es menester que oiga la voz de la gracia, á la cual por tanto tiempo ha permanecido sordo.

En fin, es menester que se desate su lengua y confiése sus pecados ²...

PROPOSICIÓN. Pero las circunstancias extraordinarias, que acompañan la curación del sordo-mudo, me inspiran otro pensamiento... Jesucristo poco tiempo ántes había enérgicamente condenado las tradiciones vanas, las observancias supersticiosas de los Fari-

1. Mat., xv, 30.

2. Nos ha parecido que este asunto, que, por lo demás, se deriva más propiamente de este Evangelio, sería mejor colocado en el tiempo del Adviento ó de la Cuaresma.